

# VOCES

## ALREDEDOR DEL ATENTADO A LA AMIA

**Ángeles Durini**

ILUSTRACIONES DE **Soledad Sobrino**



# VOCES

ALREDEDOR DEL ATENTADO A LA AMIA

**Ángeles Durini**

ILUSTRACIONES DE **Soledad Sobrino**

# SIMÓN

**A**caba de explotar la ventana de mi cuarto. Los vidrios reventaron volaron hacia mí, sentado en el piso con mis vías de tren. Las vías de tren volaron contra la pared, un viento me empujó contra la pared me golpeé la frente salgo corriendo no grito no puedo no me sale no pienso, mamá mamáaaa, hacia la cocina, vuelan los pedazos de vidrio en el living, entra un viento, reventaron las ventanas, mamáaaa, voy a la cocina, un viento los vidrios reventados, mi mamá tirada entre los vidrios, “mamá” me sale suavcito no me escucho, me acerco me inclino sobre ella, tiene lastimada la frente le sale sangre, “mamáaa”, grito, le pego suave con la mano en los cachetes. Abre los ojos. Ay. La abrazo. “Qué pasó qué pasó qué pasó”, le pregunto.

—Ayúdame, m'hijito —me dice, e intenta mover la cabeza, levantarla. Le pongo una mano debajo de los hombros, la ayudo, logra sentarse. Entran sonidos de gritos de la calle, sirena, ruidos de pajaritos.

—Habrá sido que explotó la caldera del edificio. Algún caño —dice mamá, sentada en el piso. Lo dice lento, recuperándose—. En la última reunión de consorcio dijeron que había que cambiar caños de la calefacción. Y de agua también. Ayúdame, y mejor salgamos, no vaya a ser que siga explotando.

Apura un poco los movimientos y con mi ayuda se pone de pie. Vamos a la entrada, que está sana porque no hay ventanas con vidrios, ponemos en pie el perchero, varios muebles están corridos o caídos, descolgamos las camperas, las llaves del piso, levantamos el platito donde siempre las ponemos, y abrimos la puerta. Eco de gritos y de pasos apurados en la escalera.

—Ah, esperá —me dice mamá, y se mete para adentro. Me deja solo con la puerta a medio abrir. Espío.

—Vamos, nene, salgan, apúrense —me dice la vecina mirando mi ojo que asoma. Ella pasa apurada con sus dos hijos chicos de la mano, rumbo a la escalera—. No tomen el ascensor, nunca se sabe. —Desaparecen en la curva.

—Vamos, Simón. Y ponete la campera. —Me doy vuelta, mi mamá poniéndose la campera con la cartera colgando—. Casi me olvido de la cartera, ahí tengo los documentos nuestros y el de papá

también lo puse. Cualquier cosa, ya sabés, en la cartera.

A mi mamá siempre le preocupa saber en dónde están los documentos, si los lleva, si no los lleva, y cada tanto me dice en donde están, “por cualquier emergencia”. No entiendo en qué puede ayudar un documento en “cualquier emergencia”, pero imagino que son importantes. “Para que los demás sepan quién sos en caso de que no lo puedas decir”, me dijo alguna vez.

Bajamos por la escalera con las camperas puestas y la cartera colgando. Piso a piso nos encontramos con vecinos apurados. Alguno con valija. “Qué barbaridad”, “qué barbaridad”, se escucha entre los ruidos de pasos. El vecino del quinto se acerca a mamá con el pañuelo extendido:

—Le chorrea, Lydia, espere un poquito.

Y le limpia la frente. A mamá le viene bajando un hilito de sangre casi hasta el ojo.

—Hágase ver, no vaya a ser cosa que le haya quedado un pedacito de vidrio.

—Sí, sí, gracias —dice mamá, apurada, conmigo tironeando de la mano, como diciendo: “¿No ve que estamos apurados?”.

Llegamos abajo. Los vecinos del edificio agolpados. Uno abre la puerta, entra un griterío mucho más fuerte y desperejo que el de una jaula de pájaros. Sirenas que no dejan pensar del ruido que hacen. Los vecinos van saliendo, pero se quedan cerca de la puerta, hasta que se empiezan a mover lento. Nos toca el turno de salir. La calle por fin. Nos ta-

pan los vecinos. Mi mamá pide permiso. “Permiso, permiso, permiso”, quiere, queremos, salir del tumulto de los vecinos. Vamos a ir a la oficina de papá, a contarle que explotó la caldera o algo del edificio, o algo de no sabemos qué. O que yo no sé qué. No sé tampoco si a mamá le dijeron qué es lo que explotó, no me dice, le pregunto pero nada, no habla. Logramos salir de ahí, abrimos paso, veo enfrente grupos de personas, una persona tirada. Mi mamá da un grito que nunca le había escuchado. Un grito como si alguien le arrancara el estómago, me tapa los ojos con la mano.

—No veo —le digo.

Mi mamá no me escucha porque está gritando, me tironea de la mano del hombro, me lleva y me tapa los ojos, el grito se le hace suave pero sigue en su garganta, me lleva rápido por la calle, dice bajito “permiso, permiso” y sigue casi volando conmigo, me parece que llora, le pregunto si le sigue chorreando el hilito de sangre, si le duele, no me contesta, no me puede contestar porque de su garganta sale un quejido que no para, ¿llora? “Mamá, no veo”, le digo mientras camino a ciegas, rápido, llevada por ella. “No mires, no mires”, me dice sin parar. Doblamos una vez, caminamos, doblamos otra vez, caminamos, doblamos. “Mamá, por favor”.

—Señora, ¿están bien?

Por fin mamá se frena y me saca la mano de la cara. La miro. Está horrible. Un hombre al lado nuestro con un chaleco amarillo. En esa calle no hay tanta gente pero sí hay.

—¿Llamo a alguien? Mejor hágase ver esa herida.  
En la vereda de enfrente hay una viejita. Me mira.  
¿Me quiere preguntar algo? La gente empieza a rodearnos. Sigo mirando por el hueco de unos brazos a la viejita que se queda quieta enfrente. Las personas en ronda, opinan. Mamá llora. Alguien nos abraza. No sé quién es. Otra persona nos abraza. Y otra. Se ponen tan cerca que no me dejan ver. Corro un saco, empujo un poco, espío entre las mangas. No veo más a la viejita. Ya no está.